

# XV Domingo Tiempo ordinario

Amós 7, 12-15; Efesios 1,3-14; 13-15; Marcos 6, 7-13

**«Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja»**

15 Julio 2012 P. Carlos Padilla Esteban

**«Nuestra vida quiere ser liberadora para muchos. Estamos llamados a entregarnos en todo lo que hacemos. Con sencillez y alegría»**

**¡Cuánto nos cuesta obedecer cuando no estamos de acuerdo con aquello que nos piden!** Nos rebelamos al creer que el camino debería ser otro, que lo que estamos haciendo no es lo que tendríamos que hacer. Nos cuesta ver una voz clara de Dios en lo que los demás nos piden o en los acontecimientos de la vida. Cuando Domingo Savio quería avanzar rápido por el camino de la santidad, le decía Don Bosco: «*La penitencia que Dios quiere de ti es la obediencia. Aprende a tolerar el calor, el frío, la lluvia y el cansancio. Todo lo que tengas que sufrir ofréceselo al Señor*». Le invitaba, siendo niño, a obedecer a Dios en todo lo que le pedía cada día. No es tarea fácil, porque nos rebelamos contra todo lo que nos impide disfrutar de la vida. Nos cuesta mucho ser dóciles y aceptar que las cosas no salgan como nosotros queremos. La docilidad es un don que hay que pedir, porque tendemos a ser egoístas y a aferrarnos a nuestros planes. Es un don que necesitamos para aceptar la vida tal y como es y para entender que obedecer es el camino que siguió Cristo y al cual estamos llamados. Ser dóciles exige de nosotros una alta cuota de humildad. Aceptar que otro pueda mostrarnos el camino a seguir no nos resulta fácil, cuando nos sentimos en posesión de la verdad. Y eso que sabemos que Dios nos habla a través de las personas y de las circunstancias. Pero nosotros somos especialistas en contarle a Dios nuestros planes, aún sabiendo que se suele reír cuando lo hacemos. Nos cuesta mucho aceptar otros planes que no sean de nuestro agrado. Pedimos un corazón dócil, un corazón dispuesto a seguir los caminos de Dios. El otro día leía algo muy cierto: «*En las personas auténticas vi una mirada que sugería que estaban seguros de quiénes eran, de lo que les importaba y de para qué servían sus días*»<sup>1</sup>. Un corazón dócil es un corazón que no necesita defenderse, que sabe a quién sirve en esta vida, que no se rebela y acepta la vida tal y como es. Un corazón dócil es el que se contrapone, en palabras de San Agustín, a un corazón lleno de amor propio: «*El amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, y el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios*». El amor de Dios, el amor por ese Dios que nos ama, **nos hace mirar con cierto desprecio nuestro propio corazón vanidoso**.

**Por otro lado, nos falta confianza en Dios y en las personas.** Nos cuesta mucho confiar en las personas y, a las primeras de cambio, cuando nos sentimos traicionados u ofendidos, desconfiamos de sus intenciones. Por eso también acabamos desconfiando de Dios y de sus intenciones. El otro día leía: «*Algunas veces, cuando escuchamos la Palabra de Dios, tratamos de utilizar nuestro intelecto para descifrar su voluntad, cuando en realidad Dios sólo nos pide confianza en Él. Debemos ejercitar nuestra fe que mueve montañas, pero conscientes de que es Dios el que al final logra moverlas*». Si viéramos a Dios en las personas y en todo lo que nos ocurre, las cosas serían más fáciles. Una persona reflexionaba respecto a nuestra forma de tratar a las personas: «*Pensé en lo que me cuesta a veces tratar a ciertas personas de*

<sup>1</sup> Robin Sharma, “Las cartas secretas del monje que vendió su ferrari”, 81

*mi entorno, básicamente en el trabajo. Pensé que tenía que hacer eso, cuando me dirija a ellas tener bien presente que es Dios quien habita en ellas, que es a Dios a quien hablo. Dios habita en ellas y habita en mí, entonces es a Él a quien me tengo que dirigir, ¡está bien claro!»* En realidad está muy claro, pero luego la vida es más complicada. Ver a Dios en nuestro cónyuge, en nuestros padres y familiares, en nuestros amigos. No siempre es fácil. Hasta nos cuesta ver a Dios en nuestros hijos en ciertos momentos. Se trata de ver a Dios y vislumbrar su rostro, de percibir su presencia en gestos humanos y en rostros que no siempre son reflejo de la misericordia de Dios. Una cosa es cierta, si no confiamos en los hombres a los que vemos y tocamos, más difícil nos resultará confiar en un Dios al que no vemos. La confianza exige de nosotros mucha apertura y abandono, exige poner nuestra vida en manos de otro. Por eso nos cuesta tanto obedecer. Preferimos vivir seguros aferrados a nuestros puntos de vista y criterios. **La confianza tiene sus riesgos y hay que asumirlos.**

**Por eso nuestro peligro habitual es llegar a hacer de nuestro deseo el motor de nuestra vida y de la consecución del placer nuestra única meta.** Creemos que, si logramos la satisfacción de nuestros deseos, seremos realmente felices. Pero luego sólo logramos satisfacer la necesidad por un instante, obtenemos el placer buscado y, poco después, seguimos deseando más, porque nunca es bastante. Una persona hacía un análisis sobre la forma de vivir de muchas personas: «*Aspiran a vivir lo mejor posible, pero no aspiran a ser mejores, ni a analizarse, ni a crecer. Viven el momento, pero no tienen sentido trascendente de sus vidas o, más bien, su trascendencia se limita a esto: si eres bueno vas al Cielo y si eres malo, al infierno.*» Todos corremos el riesgo de acabar pensando de esa forma. Buscamos vivir lo mejor posible, trabajar en el mejor puesto, con las mejores condiciones, en la casa ideal siempre soñada, pero sin profundizar más, sin buscar en lo profundo del corazón. Y lo cierto es que hay un anhelo de plenitud escondido en el alma. Un deseo de felicidad plena en lo más hondo. Decía el P. Kentenich: «*En la eternidad Dios está obligado a implantar en nuestro interior en forma plena las fuentes de la alegría. ¿Por qué? Porque ha depositado el instinto primordial de la alegría en nuestra alma. Si hubiera depositado este instinto en nosotros, pero no nos diera al mismo tiempo la oportunidad de satisfacerlo, nos habría engañado*»<sup>2</sup>. Ese deseo de plenitud es verdadero, Dios no engaña, aunque a veces vivamos acallándolo en lo más profundo. En el camino sólo bebemos sorbos de felicidad que nos siguen dejando insatisfechos. El otro día leía: «*Nuestra alma es demasiado grande como para empeñarla en algo pasajero. Existimos para lo eterno, para cultivar una vida religiosa que consista en girar en torno a Dios*»<sup>3</sup>. Mientras tanto, paso a paso, degustamos en pequeñas dosis, de forma imperfecta, lo que será la felicidad plena en el cielo. Y esos pequeños sorbos, valiosos en sí mismos, son la antesala de la plenitud que será el cielo. Lo que ahora es **sólo saborear algo de felicidad, allí será poseer los bienes eternos para siempre.**

**Por eso, cuando descubrimos que lo importante es ser santos aquí y ahora, entendemos que el placer pasa a ser algo secundario en esta vida.** La satisfacción de nuestros deseos se torna irrelevante. Y descubrimos que nuestro camino consiste en obedecer a Dios y hacer caso de sus más leves insinuaciones. Así lo hace el Profeta Amós cuando obedece a Dios antes que a los hombres: «*En aquellos días, dijo Amasías, sacerdote de Casa-de-Dios, a Amos: -Vidente, vete y refúgiate en tierra de Judá; come allí tu pan y profetiza allí. No vuelvas a profetizar en Casa-de-Dios, porque es el santuario real, el templo del país.*» Respondió Amós: «*No soy profeta ni hijo de profeta, sino pastor y cultivador de higos. El Señor me sacó de junto al rebaño y me dijo: -Ve y profetiza a mi pueblo de Israel*» Amós 7, 12-15. Le pide Amasías que vaya a otra tierra a profetizar, pero él sólo obedece los mandatos de Dios. En este caso la voluntad de Dios no coincide con la de aquel que quiere obstaculizar su misión. La santidad se construye sobre la obediencia a Dios y responde al deseo más íntimo del

<sup>2</sup> J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 116

<sup>3</sup> J. Kentenich, “Tú y tu Dios”, 46

corazón de ser felices. Dios manifestará su voluntad en la intimidad del corazón y, por lo general, se servirá de los hombres para hacernos comprensible su deseo. La santidad se fragua entonces a partir del deseo de plenitud y eternidad que brota en el alma. Decía Enrico, el marido de Chiara, recientemente fallecida como consecuencia de un cáncer: «*Creo en la santidad, en que una persona sea proclamada santa, porque «santo» significa ser feliz. Chiara, y en parte yo mismo, vivimos toda esta historia con una gran alegría en el corazón; esto me dejaba intuir cosas más grandes. Sin embargo, ahora estoy más maravillado, porque me parecen mucho más grandes de lo que yo mismo hubiera podido imaginar.*». Ese deseo de ser felices sabemos que sólo puede ser satisfecho por Dios. Sabemos que sus caminos, aunque no los entendamos, exigen una confianza plena y una obediencia como la de Cristo. Queremos que el corazón sea como el de Amós y sepa así ser fiel a los mandatos de Dios. **Un corazón que escuche a Dios en medio de los ruidos de este mundo.**

**La santidad es un don que no nos podemos cansar de pedir cada mañana.** Es verdad que nos gustaría lograrla gracias a nuestro esfuerzo y méritos. Nos gustaría permanecer inmaculados y no pecar nunca. Pero no lo logramos. Ya lo decía San Agustín: «*No tengamos en modo alguno la presunción de que vivimos rectamente y sin pecado. Lo que atestigua a favor de nuestra vida es el reconocimiento de nuestras culpas.*». Sabemos que es imposible vivir sin pecado y que la misericordia de Dios es despertada en el reconocimiento de nuestra miseria. Dios se vuelve impotente ante nuestra debilidad reconocida y asumida. Como decía el P. Kentenich: «*Es imposible acceder al a santidad por nuestras propias fuerzas. Toda la Escritura nos enseña que sólo puede ser fruto de la gracia de Dios. Jesús nos dice: -Sin mí no podéis hacer nada. Jn 15,15*»<sup>4</sup>. Llevar una vida santa es fruto de Dios en nosotros. Dios va revistiéndonos de su luz y de su presencia. Hace poco leía: «*El mayor obstáculo para la santidad es quizá el de aferrarnos a la imagen que nos hacemos de nuestra propia perfección. Lo que Dios quiere es siempre diferente, desconcertante, pero, a fin de cuentas, infinitamente más hermoso, pues sólo Dios es capaz de crear obras maestras, únicas, mientras que el hombre sólo sabe imitar*»<sup>5</sup>. Es una gracia que se nos regala cuando somos capaces de obedecer a Dios. Él hace una obra de arte con nuestra vida cuando recibimos su fuerza. Así lo explican hoy las palabras del apóstol: «*Bendito sea Dios que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya.*». Dios nos ha elegido para que demos frutos de santidad, para que seamos hijos santos. **Para que nuestra docilidad de espíritu haga posible el milagro de nuestro cambio interior.**

**Hoy los mandatos del Señor parecen claros.** Jesús nos envía a una misión que nos desborda: «*En aquel tiempo, llamó Jesús a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos.*». La obediencia es constitutiva de nuestra vocación cristiana. A través del bautismo pasamos de la dependencia del pecado a la obediencia a Dios y recibimos su autoridad. Renunciamos al mal y al demonio, para vivir en presencia de Dios. Leía una explicación de nuestra obediencia: «*La obediencia no es tanto condición de súbdito, cuanto más bien semejanza; obedecer a un Señor así es asemejársele, pues también Él ha obedecido. Los cristianos han sido elegidos y santificados para obedecer*»<sup>6</sup>. Nos asemejamos al que ha obedecido. Su amor nos asemeja. Somos llamados a la obediencia. Y añade: «*La obediencia antes que virtud es don, antes que ley es gracia.*». Queremos aprender a obedecer las palabras de Cristo en nuestro corazón. Dios nos manda a través de personas. Pero en ellas nos cuesta muchas veces descubrir su voz: «*En cada uno de nosotros existen estas*

<sup>4</sup> Jackes Philip, “En la escuela del Espíritu Santo”, 15

<sup>5</sup> Jacques Philippe, “En la escuela del Espíritu Santo”, 19

<sup>6</sup> Raniero Cantalamessa, “La vida en el Señorío de Cristo”, 252

*ilusiones; uno cree que lo sabe todo, que no hay peligro y que se puede desenvolver solo evitando escuchar a alguien con más experiencia. O bien se obedece exteriormente, pero con mucha rabia interior*<sup>7</sup>. Queremos aprender a obedecer en las personas que Dios pone como maestros en nuestro camino. Para ello es necesaria una gran docilidad de corazón y humildad. Aprender a ver en las órdenes que recibimos la voz de Dios exige una apertura muy grande. Hoy nos lo recuerda San Pablo: «*El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad*». **Vemos cómo su gracia, su sabiduría y prudencia nos enseñan a buscar siempre su voluntad en todo.**

**Los mandatos del Señor parecen sencillos en apariencia, pero son exigentes. En primer lugar, nos pide ir por la vida ligeros de equipaje:** «*Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevasen sandalias, pero no una túnica de repuesto*». Y a nosotros nos gusta llenarnos de comodidades y bienes que luego no utilizamos. Nos gusta asegurar el futuro y no arriesgarnos a no tener nada cuando la vida se complique. Esa confianza plena de la que hoy nos habla el Evangelio nos parece excesiva. La codicia y el afán de poseer y de tener poder nos impiden tener un corazón libre. ¡Qué bien nos hace escuchar el mandato de Cristo! Pensar que Cristo nos envía al mundo sin ataduras y sin seguros nos reconforta. Nos da fuerzas para dejar de lado todo aquello que nos ata. Comenta San Buenaventura sobre San Francisco: «*Francisco, tan pronto como oyó estas palabras y comprendió su alcance, se esforzó por grabarlas en su memoria, y lleno de alegría exclamó: -Esto es lo que quiero, esto lo que de todo corazón ansío. Y al momento se quita el calzado de sus pies, arroja el bastón, detesta la alforja y el dinero y, contento con una sola y corta túnica, se desprende la correa, y en su lugar se ciñe con una cuerda*». Y así recorre el camino de su vida ligero de equipaje. Queremos **aprender de Francisco, de su libertad interior, de su amor a una pobreza que es camino de vida.**

**Les pidió también que fueran fieles a aquellos que los acogían en su casa y se fueran con la paz de aquellos lugares donde no fueran recibidos:** «*Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa*». Para la misión es importante hacer morada allí donde somos acogidos y entregar una paz que nos es dada. La paz procede del corazón de Dios. Damos una paz que muchas veces no tenemos. Somos instrumentos de paz cuando reflejamos la paz de Dios. Para ello nos hace falta un corazón sencillo, capaz de vivir feliz en la escasez y en la abundancia. Un corazón que no se deje llevar por los prejuicios o juicios y acepte a todos con misericordia. Se nos pide que entreguemos la vida con generosidad a todo el que nos abra su corazón. Es el camino que Dios nos pide. Un corazón sencillo que no busca honores ni puestos importantes, que no pretende grandezas ni el reconocimiento de los hombres. Y además un corazón libre que sepa aceptar los fracasos y seguir el camino sin miedo al rechazo. Es parte de la vocación de profeta. Somos testigos y portadores del Señor. Él nos sostiene y nos utiliza. Por eso podemos ser rechazados porque lo rechazan a Él. **En esa humildad del desprecio queremos aprender a ser libres y a no dejarnos llevar por la desesperanza.**

**Y para poder llevar a cabo nuestra misión se requiere una intensa vida de oración.** Así habla el P. Kentenich de la oración: «*Durante el día tenemos que aprender a orar con el corazón. Debe estar siempre con Dios, aún en el bullicio y la agitación de la vida diaria*<sup>8</sup>». Y añade: «*Por más que la naturaleza tiembla y se estremezca o se limite la seguridad humana, el instrumento perfecto se decide por Dios y se refugia conscientemente en su hogar originario, el corazón de Dios*<sup>9</sup>». Queremos que se hagan vida en nosotros las palabras del salmo:

<sup>7</sup> Jean Vanier, La Comunidad, 287

<sup>8</sup> J. Kentenich, “Tú y tu Dios”, 51

<sup>9</sup> J. Kentenich, “Tú y tu Dios”, 50

*«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante Él, la salvación seguirá sus pasos» Sal 84, 9ab-10. 11-12. 13-14.* La oración prepara nuestra vida para la misión, para lo que Dios nos pide. En la oración nos hacemos conscientes de nuestra pequeñez y así dejamos que Dios comience a gobernar en nuestro interior. Así hacemos vida las palabras de San Cirilo de Jerusalén: *«Limpia tu recipiente, para que sea capaz de una gracia más abundante, porque el perdón de los pecados se da a todos por igual, pero el don del Espíritu Santo se concede a proporción de la fe de cada uno»*. **En la oración limpiamos el corazón y lo hacemos capaz de recibir la gracia del Espíritu.**

**La obediencia a Dios nos lleva a entregar gratis lo que gratis hemos recibido.** Dice el P. Kentenich: *«Cuidado con equiparar directamente infancia espiritual con cobijamiento. Más bien hay que equipararla con entrega de uno mismo»*<sup>10</sup>. La Iglesia no es un refugio de autosantificación. Al llegar encontramos la misericordia y tocamos el amor de Dios en nuestras vidas. Pero nuestra misión consiste en entregarnos y regalar todo lo recibido. Así lo relata el Evangelio: *«Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban»* Marcos 6, 7-13. El que se ha encontrado con el Señor no puede dejar de anunciar la necesidad de la conversión. En la fuerza del Espíritu Santo nos convertimos en apóstoles de su Palabra: *«Y también vosotros, que habéis escuchado la palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salvación, en el que creísteis, habéis sido marcados por Cristo con el Espíritu Santo prometido, el cual es prenda de nuestra herencia, para liberación de su propiedad, para alabanza de su gloria»* Efesios 1,3-14. Nos convertimos en elegidos y enviados por el Señor. Así lo dice Benedicto XVI: *«Cuando se encuentra a Jesús y se acoge su Evangelio, la vida cambia y uno es empujado a comunicar a los demás la propia experiencia»*. Comienza un nuevo camino, una nueva aventura. El protagonista de la película *«Un lugar para vivir»*, es especialista en aventuras. Y sabe que *«no importa dónde una aventura concluye, porque de eso no se trata una aventura»*. Lo que realmente importa es cómo vivimos la aventura diaria, cómo nos desgastamos sin pensar en lo que vendrá. **No nos importa el final, lo que nos importa es cada etapa del camino y darlo siempre todo.**

**Nuestra misión entonces se hace vida en una misión concreta.** Estamos llamados a sanar enfermedades, a liberar a los esclavizados por el demonio y a predicar una nueva forma de vida. Este triple mensaje se hace de nuevo carne en nuestros corazones. No se trata de hacer grandes cosas, sino de hacer de forma extraordinaria lo ordinario cada día. Los pequeños milagros de Dios ocurren de la forma más sencilla. Lo importante es lo que hace poco leía: *«La manera en la que hacemos las pequeñas cosas determina la manera en que lo hacemos todo. La maestría se convierte así en nuestra forma de ser. Ladrillo a ladrillo podemos construir verdaderas maravillas»*<sup>11</sup>. Queremos poner el corazón en lo que hacemos. Sabemos que Dios logra grandes milagros usando nuestra debilidad. Podemos sanar y liberar a muchos. Nuestra forma de saludar, nuestra forma de hablar, nuestras decisiones, nuestras palabras. Todo tiene un efecto a nuestro alrededor. Aunque siempre podríamos hacer más. Por eso nos preguntamos qué estamos dejando de hacer. Nuestros pecados de omisión son abundantes. La mies es grande y los obreros pocos. Dios nos envía de nuevo porque ve que hay muchos que vagan como ovejas sin pastor. Hace falta obreros dispuestos a sanar a otros, a entregar mensajes de esperanza, a liberar a los que viven encadenados y atados. Nuestra vida quiere ser liberadora para muchos. Estamos llamados a entregarnos en todo lo que hacemos. Con sencillez y alegría. Repartiendo la paz que recibimos, enseñando una nueva forma de vivir esta vida con libertad, **sin quedar atrapados por las tensiones diarias, confiando en ese Dios que nos conduce.**

<sup>10</sup> J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 200

<sup>11</sup> Robin Sharma, “Las cartas secretas del monje que vendió su ferrari”, 149